

ORALIDAD Y ESCRITURA DESDE EL CAMPO COMUNICACIONAL

*María Agustina Romero
Universidad Nacional de Jujuy (Argentina)*

Introducción

El objetivo del presente artículo está dado por el interés predominantemente teórico de poder vislumbrar las posibilidades analíticas que viabiliza el campo de la comunicación. Partimos de un trabajo etnográfico con la comunidad gitana de San Salvador de Jujuy en el que se vislumbra, como elemento destacado, la preeminencia de la oralidad como forma de intercambio comunicativo. El aspecto predominantemente oral hace de la comunidad no solo un espacio social y simbólico de sumo interés a nivel de intercambios, sino que además, la característica oral trasciende lo meramente comunicativo. Con esto último indicamos que se trata de un modo especial de comunicación, pero también genera una peculiaridad en la organización temporal, espacial, vincular, y de la compleja trama de valores éticos-morales que se presentan como organizadores de todo el entramado social.

En este sentido es que pretendemos ahondar en tres grandes ejes como ordenadores expositivos. En primer lugar, describiremos el caso de la comunidad a la que hacemos referencia para ubicarla social e históricamente en un sentido contextualizado. Es central para el propósito aquí mencionado indicar algunos rasgos sobresalientes del grupo y así poder comprender cabalmente la determinación de ser abordado desde el campo de la comunicación. En segundo lugar, revisaremos algunas conceptualizaciones y debates aún vigentes poniendo en diálogo exponentes referenciales dentro del campo comunicativo. Por último, expondremos una caracterización descriptiva de la escritura y de la oralidad, como formas diferenciadas aunque complementarias que se presentan en permanente tensión. Entendemos que, en la dimensión teórica, la oralidad, y por tanto su asociación a la escritura, es una forma esencial de intercambio, modo de poner en común, que en la actualidad se torna, por lo menos, llamativo que grupos enteros usen casi exclusivamente esta forma de interrelación. Así, la comunidad gitana local viene a materializar un modo complejo de hacer en la vida cotidiana, y que en ciertos sentidos se vuelve inasequible para las sociedades atravesadas por el vector de la escritura. En suma, es partir de un caso enigmático que proponemos un abordaje desde el campo comunicacional, asumiendo las limitaciones, pero por sobre todo las posibilidades teóricas y metodológicas que este habilita.

Transitando la comunidad

San Salvador de Jujuy cuenta con algunas particularidades, entre ellas destacamos su posición geográfica y, como provincia, cuenta con dos límites internacionales. Características que hacen del espacio territorial, lugar de tránsito y permanencia de variadas corrientes migratorias de diversos orígenes. Entre los diversos colectivos que cohabitan la provincia se encuentra también la comunidad gitana. En el caso puntual de la ciudad capitalina, de acuerdo

con Antonio Paleari (1993), existen testimonios que dan cuenta de la llegada de los gitanos, aproximadamente, en la década del cincuenta. Los primeros moradores se instalaron en una zona residencial al norte de la ciudad, a la vera de la Ruta Nacional N.º 9, más precisamente en el barrio Ciudad de Nieva. Entrada la década del setenta se trasladan a proximidades del acceso sur de la ciudad, lugar que habitan actualmente. La comunidad vive y trabaja en una fracción del barrio San Pedrito claramente identificable (1). Algunas familias cuentan con casas de material, otros viven en galpones y hay quienes aún lo hacen en las tradicionales carpas. Es común que vivan próximos unos de otros (2), las casas son contiguas y quienes tienen concesionarias de vehículos, también se encuentran en las adyacencias al lugar de la vivienda.

Laboralmente, el grueso de los ingresos familiares lo aportan los hombres que se dedican a la compra y venta de vehículos, algunos de un modo más austero que otros, pero casi la totalidad está abocado al rubro. Las mujeres también realizan aportes al hogar a través de la adivinanza y lectura de manos, se trata de una actividad secundaria dentro del grupo y que es exclusiva de las mujeres. Los roles en relación con el género y con la edad están claramente demarcados y son rigurosamente respetados por cada uno de los miembros.

La mayoría de los habitantes gitanos capitalinos abandonaron el nomadismo, muchos establecidos hace varios años y por tanto, las generaciones más jóvenes son, en buena proporción, jujeñas. El nomadismo, como una de las características más destacadas en el marco de la tradición gitana, se trata, por diversas causas, de una práctica casi abandonada, los interminables intentos asimilacionistas por parte de las sociedades receptoras fue moneda corriente. La desidia de la itinerancia no impidió descartar la idea de movilidad, aún presente como constitutiva de la identidad grupal, pues partir es una posibilidad siempre latente (3).

Además, ponemos especial atención en la oralidad como uno de los rasgos más sobresalientes de la comunidad. Las comunidades orales, y la comunidad gitana en particular, están plenamente atravesadas por la dimensión oral, lo que se traduce también como constitutiva de una cosmovisión que difiere de buena parte de las sociedades occidentales letradas. Ligada a la oralidad, se encuentra la memoria, en tanto no existen otras posibilidades de acaudalar conocimientos y saberes. Los gitanos llevan siglos moviéndose por el mundo, y sin embargo, preservan elementos comunes que los unifican como nación extraterritorial, indistintamente a la disipación mundial. La relevancia de la memoria, y más aún de la memoria colectiva, se materializa en situaciones concretas de la vida cotidiana de la comunidad local. Ejemplo de ello es cuando, al momento de relatar algún acontecimiento de un tiempo pasado, quien tiene la palabra recurre a otros integrantes de la comunidad presentes para ir completando, complementando y aseverando los dichos. Es una forma común de compartir un suceso pasado, se visibiliza un relato colectivo, pero que al mismo tiempo cada cual aporta una mirada personal. La memoria se concatena con la preeminencia de la oralidad, es decir, todo aquello que se almacena memorísticamente necesita, para ser conservado, una actualización permanente, lograda a través de la narración, del contar, del decir.

Cuando los integrantes de la comunidad rememoran, en distintos actos y secuencias temporales, los mismos sucesos, nunca se trata de un fiel relato que se repite, es común hallar

en cada acto narrativo modificaciones, agregados, mutaciones, aunque siempre presente la coherencia que posibilita el sentido.

La transversalidad de la oralidad se evidencia también en la representación del tiempo y del espacio. En las sociedades letradas, la escritura también configura una particular cosmovisión de lo circundante, dada por una imposición lineal temporal, además, de acuerdo con Luria (1976), habilita lo que el autor denomina “pensamiento clasificatorio”. Este tipo de pensamiento se vincula con el desarrollo de las capacidades de abstracción, a diferencia de las acciones motivadas por situaciones y pensamientos prácticos. La linealidad narrativa, perteneciente a los grupos letrados-escolarizados, es propia de las estructuras mentales que se encuentran moldeadas por la escritura. De este tipo de grupos es esperable una narrativa lineal, pues por convención, escapar a esa linealidad sería ruidoso. Las estructuras mentales letradas, y por tanto representacionales, esperan un determinado tipo de secuencia, por eso decimos que desde el comienzo de la escolarización se incorpora un modelo estructural y no otros.

A diferencia de las comunidades escriturales, los grupos predominantemente orales se caracterizan por otra tipo de organización representacional, que incluye la organización temporo-espacial e inclusive una manera particular de recordar. De acuerdo con el estudio empírico (4), en concordancia con el realizado por Luria, se evidencia que las sociedades con una impronta oral organizan su pensamiento situacionalmente. En los relatos biográficos encontramos que a medida que se avanza en la narración de ciertos sucesos, se ponen de manifiesto la aplicación de fórmulas mnemónicas que ayudan a recordar y a anclar temporalmente. Cuando se hace referencia a algún acontecimiento de importancia para la vida del relator, por lo general lo asocia con algún otro suceso que excede la vida privada. Una de nuestras entrevistadas, cuando le consultábamos por las edades de sus hijos, refería al nacimiento de uno de ellos indicando: “... y cuando nació Gustavo era el mundial. Para esa época nació él” (Testimonio oral, 2009) (5). Es la manera en que la entrevistada nos ubica, y ayuda a completar la información que está brindando, no puede decirnos con exactitud la edad del hijo, pero sí recurre a sucesos que ella sabe que exceden al conocimiento interno de la comunidad y que podemos decodificar a partir de la inferencia.

La comunidad no pone atención a la cronología biológica, pues la considera irrelevante, no lleva un control estricto del paso de los años, y además muchos desconocen la fecha real en que nacieron (6). La falta de registro riguroso de los nacimientos es una muestra de la desestimación sobre ciertos acontecimientos, y, en ellos, se ponen en evidencia “algunos recursos” que se aplican individual y colectivamente para fijar y conservar esos sucesos.

Lo dicho hasta ahora propicia hacer alusión a la escritura, al cómo se presenta en esta comunidad y quiénes fueron incorporando la técnica y qué uso le asignan. Los pocos gitanos que saben leer y escribir, por lo general, son varones. Hay familias que mandan a sus hijos varones a la escuela y una vez adquiridos los conocimientos básicos, que, *a posteriori*, sean provechosos para las actividades económicas de supervivencia familiar, abandonan. Sucintamente existe una vinculación utilitaria con la escritura, en general, con las instituciones,

y particularmente con la escolar. Indistintamente de que existan gitanos que sepan leer y escribir, el epicentro está en el uso y en los sentidos que asignan a esta técnica. La realidad es que la comunidad toda está atravesada, organizada y signada por la dinámica oral. Aun aquellos que manejan la técnica, siguen organizando y vinculándose con su entorno a partir de las normas orales. Aseveramos que la oralidad es una condición que excede lo meramente comunicativo, pero que sin dudas es el campo comunicacional el que propicia las herramientas metodológicas y teóricas para desentrañar tales complejidades.

La comunicación: perspectivas

Existe un consenso generalizado respecto de las deudas aún pendientes en relación con el campo de la comunicación. Hay una especie de inercia a defender y a justificar los estudios en comunicación, sobre todo aquellos que trabajan en niveles micro- o por fuera de los medios masivos. Las problematizaciones exceden el círculo interno del campo generándose disputas con otras disciplinas donde la desacreditación como fundamento de defensa está siempre presente.

Es necesario asumir las fronteras porosas propias del entramado social, y afrontar que el campo de la comunicación, sin abarcar todo, tampoco se limita solo a los medios. Partimos de acordar que la comunicación es un proceso de producción y de circulación de sentidos y significados que posibilita la interacción humana.

Referimos a la comunicación, en su sentido básico, y por tanto retomamos su etimología: 'hacer partícipe'. Comunicar, derivado del latín *comunicare*, se vincula a las ideas de comunidad y comunión, así estamos en condiciones de afirmar la ponderación del aspecto relacional. En cuanto a lo relacional, Daniel Bougnoux (1998: 21) asume que en la actualidad "las maneras de estar juntos" se multiplican y por tanto este proceso abarca de lo "interpersonal a lo planetario". Se clarifica que la comunicación, como proceso de intercambio, indistintamente de la escala que refiera, pone en juego "codificaciones sígnicas o simbólicas" que son compartidas (Torrice Villanueva, 2004). Esto alienta a poner el aspecto cultural en un lugar central, sin que por ello estemos describiendo el campo antropológico, pues sería inexacto e impreciso considerar la comunicación prescindiendo del campo cultural. La falta de códigos compartidos conduciría a una incapacidad para interactuar, y esos códigos son aprendidos, reproducidos y puesto en marcha en el marco de una cultura determinada.

Comprender la comunicación como un proceso de intercambio dinámico de formas simbólicas, dice Uranga que se trata de una "fase constitutiva del ser práctico del hombre, generadora de conocimiento y base de la cultura" (2010: 12). Esta última afirmación posibilita pensar la complejidad del proceso y entender que colabora en la consolidación de dimensiones fundamentales para la vida social. Encontramos la síntesis, como la puesta en juego de códigos, una idea de negociación, y por tanto de acción. Esta conceptualización fija el acento no solo en el capital cultural, sino que además preconiza el aspecto relacional donde se visualizan pujas de sentido y tensiones que evidencian una participación siempre activa de los actores involucrados. Completa la idea de Uranga afirmando que son "las acciones de los

sujetos en la historia las que van configurando los modos de comunicación” y de esta manera se da contenido a las respectivas acciones que llevan adelante los sujetos (2010: 12).

Con relación al componente disciplinar comunicacional, es un espacio legitimado académicamente desde hace relativamente poco tiempo, las primeras producciones teóricas se pueden rastrear en la década de 1920. Luego se da un nuevo avestón en los cuarenta, sobre todo con el uso de la propaganda en los medios masivos de comunicación, en el marco de la posguerra.

La producción teórica se ajusta al momento socio-histórico y, epistemológicamente, nos enfrentamos a vacíos en la producción específica, por falta de un paradigma claro. La tendencia fue tomar prestados paradigmas de otras disciplinas más consolidadas, es situación justificada por la falta de precisión en la definición del objeto de estudio.

La existencia, la proliferación y la masificación de los medios de comunicación favorecieron la circunscripción de los estudios de comunicación a estas tecnologías, sus usos y sus efectos durante un momento histórico. Pues la coyuntura demandaba ocuparse sistemáticamente desde un espacio de producción teórico de este fenómeno que ocasionaba transformaciones sociales de gran relevancia. No es condenable que en el ejercicio de consolidación de una disciplina se vayan ajustando aspectos teóricos, metodológicos y sobre todo lo vinculado al recorte del objeto de estudio. Ese ejercicio de afianzamiento fue móvil, y las fronteras se fueron redefiniendo con el paso del tiempo acorde a los sucesos histórico-sociales. Durante períodos considerables se definió a los medios masivos de comunicación como el objeto por excelencia de la comunicación, derivándose luego en premisas del tipo “todo es comunicación”, que significa la posibilidad de abordar todo fenómeno social. Este último postulado fue desechado básicamente por inconsistente e inabarcable disciplinariamente, y, en el caso de la preeminencia mediática, posibilitó a la disciplina disponer de un terreno empírico rico y loable. Ahora bien, el objeto de estudio comunicacional, luego de tantos andares, cuenta con límites definidos y que no lo ciñen exclusivamente a los medios, pero que tampoco propone abrazar lo inabarcable.

Torrío Villanueva postula desatender los abordajes fragmentarios en pos de un estudio que se centre en el proceso contextualizado y asumir la complejidad de ese contexto. La síntesis incluye como objeto de la comunicación un “proceso social de producción, circulación mediada, intercambio desigual, intelección y uso de significaciones y sentidos culturalmente situados” (2004:21). Dicho así, ese proceso es inescindible del resto de las dimensiones que componen lo social y por tanto es indicativo de una profunda complejidad. Uranga profundiza la apuesta al precisar que la complejidad del objeto está dada por la indisociabilidad con el campo de la cultura y porque el objeto comunicacional “no se puede precisar por fuera de las prácticas sociales que protagonizan los sujetos en la historia. Ese objeto carga con toda la complejidad de ese hacer y hacerse de los hombres y las mujeres en la vida cotidiana” (2010:11). De ahí se deriva indefectiblemente el abordaje epistémico y los alcances del campo comunicacional. En esta dirección Follari ha sabido echar luz desde una postura crítica al campo comunicacional. Parte de preguntarse por el estatuto que le compete a la comunicación abriendo el juego para

la revisión de fortalezas y debilidades que aún mantienen los intelectuales para con el campo. Tomando distancia de la “comunicología”, concluye Follari, que en realidad “cualquier forma de comunicación que se haga socialmente relevante es objeto de la teoría de la comunicación” (2010: 27), proposición que no indica que todo es plausible de ser abordado desde la comunicación. Advierte evitar caer en dos lugares posibles: por un lado, en el desdén de los medios masivos, y por otro, en los estudios comunicacionales que se apoderan del espacio antropológico. Así como en las primeras décadas, los estudios se circunscribían a los medios masivos de comunicación, desestimando otros posibles abordajes, fue también en aumento la tendencia de confundir los estudios comunicacionales con los estudios antropológicos. Esto, quizás, se explique por la íntima relación entre los procesos comunicacionales y el ámbito cultural, aunque hay que precisar que el hecho de no poder prescindir de lo cultural no se traduzca como inversión del objeto de estudio. Es fundamental considerar la dimensión cultural para los estudios comunicacionales, pero también deben ser atendidas dimensiones como la política, la económica y la historia.

En este contexto se torna necesaria la reflexión y la recuperación de la discusión sobre el campo comunicacional, que atienda a la unificación de criterios sobre el objeto teórico y real, por tanto consensuar acerca de los postulados teóricos. La funcionalidad del debate recae en eludir vicios sobre “un análisis exclusivamente cultural que no hable para nada de la cuestión comunicativa, con un análisis propio de ciencias de la comunicación” (Follari, 2010: 35). Los debates en torno al lugar y a la categoría que debiera ocupar la comunicación, como así también la delimitación acerca de qué ocuparse, no pierden vigencia y además aceleran la urgencia para un tratamiento de la cuestión que sea perdurable.

La comunicación desde una concepción interdisciplinaria

Cuando los cuestionamientos se concentran en las inacabadas tareas reflexivas acerca de por qué el campo comunicacional se presenta lleno de complejidades e imprecisiones, la respuesta es fácilmente hallable en su particularidad, que hace que ciertas tareas se vuelvan cíclicas e inconclusas.

Partimos de acordar que la comunicación se enmarca dentro de un campo de mayor amplitud, las ciencias sociales, y que además se caracteriza por la convivencia con distintos enfoques. Caben aquí dos lecturas, como limitación y como posibilidad. En relación con la primera, aludimos al objeto comunicacional como escurridizo, endeble, lábil y que por tanto ha presentado desafíos de índole metodológico y teórico para una definición estable; en relación con la segunda, visto el campo como una posibilidad, en el sentido que habilita un juego dinámico que echa mano a los aportes de otras disciplinas como superador de contornos. Esto último puede ser considerado como positivo en tanto no se pierda la dimensión comunicacional como aspecto central y se recuperen diversas miradas como completitud en el análisis.

En esta dirección nos sumamos a la propuesta de Torrico de considerar el campo en su “multidimensionalidad”, como espacio de confluencia de “prácticamente todos los ámbitos de la

existencia y la realidad sociales, es decir, es transversal a ellos” (2004: 22). Al definir el campo como interdisciplinario, la transversalidad se torna en ineludible.

Follari (2010) exponía los posibles posicionamientos en relación con el objeto teórico, la comunicología por su sentido científico y desestimada por él, era como uno de ellos. A lo que Torrico Villanueva, de acuerdo con su perspectiva, podría contrarrestar indicando que la comunicología se presenta bien como una “mirada disciplinaria específica”, bien como “horizonte conceptual” que posibilita poner en evidencia el objeto comunicacional despojándose de pretensiones de científicidad. Ese “horizonte conceptual” es inexcusable, sin él no habría conocimiento posible, y más allá de que la comunicación no pueda ser categorizada como ciencia, no por ello deja de producir conocimiento.

Decíamos ya que Bounoux (1998) refería a la comunicación en términos de interdisciplinaria, dejando entrever que no es posible aludir al campo por fuera de esta categoría, casi como una obviedad. A esta mirada se suman otras que postulan idéntica referencia, justificando la condición de interdisciplinaria por el carácter de ubicuidad del objeto de estudio. La condición de interdisciplinaria de la comunicación puede traducirse como una perspectiva enriquecida que, por un lado, favorece la creatividad y, por otro, faculta un “cruce de problemáticas o una ampliación de los motivos de curiosidad” (p.127). En suma, que el campo comunicacional quede desestimado para la categoría de ciencia, le atribuye capacidades de movilidad y soltura que se pueden leer como un aspecto rico, en tanto posibilita un juego de permanentes incursiones en relación con las problemáticas a ser tratadas.

Lo ulterior, por una parte, puede entenderse como un oxígeno del que dispone el campo, en relación con la creatividad y la pericia. Por otra, esas mismas condiciones hacen que el campo quede acotado y acosado por lo que Torrico, al igual que Follari, vislumbran como una “debilidad epistemológica” y por lo tanto carente de reconocimientos de otros espacios de saber, en suma como espacios de confluencias.

Ese proceso de “debilidad epistemológica” se sintetiza por los préstamos que tomó la comunicación de teorías sociales más generales, evidenciando un vacío de paradigmas propios y una preeminencia de “dominancias fuertes”, dice Follari (2010) en el sentido que la mayor incidencia la tuvo la coyuntura social, política y cultural. Todas las disciplinas se encuentran expuestas a la afectación de condicionantes contextuales, pero cuando la “condición epistemológica es más débil, intervienen más” (Follari, 2010: 23), y este es el caso de la comunicación.

En el rastreo histórico de las particularidades y de las tendencias que fue teniendo el campo de la comunicación se visualiza una correspondencia entre el marco histórico-político-social y las metodológicas/teorías aplicadas para ese momento histórico. Ante los distintos giros situacionales, advertimos desplazamientos en la adhesión a un determinado recorte teórico, como acompañamiento de la movilidad situacional, por lo tanto se convalida una intervención contextual más fuerte en períodos de recambios en los campos débiles epistemológicamente hablando.

Así, el aporte de Miège (1996) se vuelve particular y superador al proponer un “campo interdisciplinario autónomo”. En el marco de las disposiciones de campos, en el sentido planteado por Bourdieu (1973), la comunicación al ocuparse de los procesos de intercambio simbólico y las tensiones que de él se derivan, como forma específica de relación social, se constituye como un punto convergente con otras disciplinas.

Lo iluminador está en concebir la comunicación como un campo multidisciplinar que habilita una “mirada” o una “entrada” para la aprehensión de lo social (Torrío Villanueva, 2004: 77). A partir de la premisa teórico-metodológica, de entender la comunicación como el espacio por excelencia para mirar la complejidad social que invita a pararnos desde la especificidad disciplinar aunque poniendo en tensión las otras dimensiones del entramado social.

Estamos en condiciones de afirmar que, definida y entendida la comunicación desde una perspectiva que la concibe como un proceso de producción, intercambio e interpretación de sentidos y significados, y por lo tanto como espacio de confluencia, habilita así la defensa del campo disciplinar como propicio para analizar la interrelación entre oralidad y escritura en un contexto étnico cultural específico. Entendemos que tanto la oralidad como la escritura son formas posibles de intercambio, maneras de comunicar pero también se trata de maneras posibles de almacenamiento donde se activan otras dimensiones a nivel individual y colectivo de profunda complejidad. Esto último tiene consecuencias directas en los modos de organización mental, en las formas en que los distintos grupos se interrelacionan evidenciando maneras diferentes de construir una visión del mundo.

Bla, bla, bla...

Havelock insinuaba que las distintas concepciones y caracterizaciones acerca de la oralidad, parecieran cobrar fuerza en tanto son contrastadas con la escritura (1991). Al comentar los rasgos de la oralidad, indefectiblemente, aludimos a la escritura, puesto que no son mutuamente excluyentes. Intentamos evidenciar, a partir de una comunidad con predominio de lo oral, las consecuencias que tiene en el marco de sociedades globalmente dinamizadas por lo escritural.

La oralidad como forma primaria, básica e innata de comunicación tiene sus comienzos en el origen mismo de la especie humana, por lo tanto es una forma natural de comunicación. La contraponemos a la escritura solo en el sentido de artificialidad, como una técnica creada por el hombre para un determinado fin, en otros sentidos, se concatenan como complementarias.

Para la comunidad étnica trabajada, la oralidad aparece como un elemento diferenciador que implica modos distintos de estructurar las variadas formas de intercambio comunicativo como también otros modos de pensar el pasado, el presente y el futuro.

Los diferentes soportes materiales de los que se valen hacen que la veracidad sea depositada en lugares diferenciados y por lo tanto con significaciones variadas. La escritura, y más aún la impresión, permiten la ausencia del propio autor, una mayor autonomía e individualidad y por lo tanto habilitan prácticas solitarias. Facilita una mayor introspección del

ser humano y el desarrollo profundizado de un conocimiento del mundo objetivo externo (Ong, 1987: 73). Las comunidades orales son mayormente dependientes de la interacción cara a cara y de la experiencia que no puede ser mediada por técnica alguna, son los mismos integrantes de las comunidades que los que funcionan como mediadores y conservadores de los saberes.

Por su parte, la historia, para las culturas letradas se presenta en singular y es depositada en los escritos, que a su vez posibilitan el anclaje fijo e inmodificable. En tanto que para las comunidades orales, la historia se conserva en la memoria y se confirma al momento de la reconstrucción del pasado.

Goody (1996) sostiene que en el ejercicio de construcción, permanencia y reelaboración de la memoria debe, indefectiblemente, recurrirse al olvido como dimensión constitutiva. Hay aspectos del relato que se eliminan, otros se mantienen y algunos se transforman, a diferencia de la inmutabilidad de lo documentado. El olvido es una categoría que se encarna con fortaleza en la oralidad, pero además necesaria y valorada, en contrapartida a lo que sucede en las sociedades escriturales que más bien es desestimada.

En teoría, las líneas posibles de abordaje insinúan diversas posturas frente al entendimiento de la oralidad y la escritura, porque la definición misma de la oralidad estuvo supedita a la literacidad (Vich y Zavala, 2004). Son inexistentes los antecedentes autodefinitorios de las mismas comunidades orales, éstas dinámicas son conceptualizadas y analizadas desde lo escritural.

La teoría de la continuidad postula una prolongación entre la oralidad y la escritura, como idénticas lingüísticamente. En contrapartida, la teoría de la gran línea divisoria entiende que la escritura permite que viejas funciones se cumplan de formas nuevas, habilitando un cambio social y psicológico. Ambas se distancian de posturas etnocéntricas que consideraban a la escritura como el camino asegurado para el logro de la modernidad (Olson y Torrance, 1998: 21).

Para la historia literaria, lo central está en el carácter escrito, descuidando las huellas de la oralidad en los textos. Esto último se ve con claridad sobre todo en sociedades y épocas de transición de la oralidad a la escritura, donde muchos de los textos eran escritos para ser leídos en voz alta y por tanto conservaban rastros de la cultura oral.

Por su parte, el estructuralismo se concentró en la narración oral pero desde un análisis binario, todo lo observable es reducido a la polarización binaria, y el problema que presenta es que en este tipo de abordaje se dejan fuera elementos de gran riqueza que no se ajustan a esta lógica.

En otra dirección podemos ubicar exponentes como Greimas, Todorov, Barthes, Sollers, Derrida, Foucault y Lacan, adeptos de lo que se denominan textualistas. La característica principal es la primacía del texto escrito, ubicando la oralidad con independencia, con raíces en otra naturaleza que poco tienen que ver con los escritos (Ong, 1987). Derrida asevera que la escritura es un acontecimiento que cuenta con un grado de autonomía respecto al habla y que tiene su propia economía. La crítica a los textualistas y deconstructivistas recae en que

consideran la escritura como una práctica autónoma, posibilidad que habilita el desinterés de las continuidades históricas.

Otra línea de abordaje es la que refiere a la crítica de la recepción del lector, aquí agrupamos a Wolfgang Iser, Norman Holland, Stanley Fish, David Bleich, Michael Riffaterre, entre otros, incluidos Jaques Derrida y Paul Ricoeur. El acto de leer y de escribir dista de la oralidad, ello visto desde la ausencia que posibilita el acto de leer y escribir y diferencia sustancialmente del acto de la oralidad donde es menester la copresencia de los interlocutores.

Cada una de las corrientes mencionadas pregona una u otra manera de pensar la articulación entre oralidad y escritura, y demuestra preocupación por ubicar, una u otra, ya sea en proximidad o lejanía.

Olson y Torrance (1998) plantearon que la escritura no tiene efectos directos sobre el cambio intelectual y social. La cultura escrita no origina un nuevo modo de pensar (7), pero sí habilita otros tipos de prácticas, como la posibilidad de revisar, registrar y estudiar. Olson asevera que la escritura es una actividad metalingüística, puesto que, así como el habla representa al mundo y lo vuelve objeto de reflexión, la escritura representa el habla. Feldman (1998: 15), por su parte, refuta la idea de que la cultura escrita y la capacidad de leer y de escribir posibiliten formas particulares de conciencia. En este sentido, Denny (1998: 15) había dado cuenta de pruebas relativas a los efectos de la cultura escrita sobre la cognición humana. Entre sus afirmaciones sostenía que el pensamiento occidental se caracterizaba por ser más reflexivo, abstracto, complejo y lógico que el de las culturas preescriturales. Esto último quedó refutado por el propio autor en investigaciones posteriores, concluyendo que el pensamiento occidental tiene una propiedad distintiva.

En similar línea se encuentran los estudios realizados por Luria, que plantea la existencia de una estructura mental diferente para los letrados y las culturas orales. Luria, aludiendo a las culturas letradas, dice que estas se caracterizan por un pensamiento moldeado por textos (1976). Numerosos teóricos refieren a estructuras mentales diferenciadas entre letrados y grupos orales. Los primeros, de acuerdo con Ong, cuentan con una organización textual de la experiencia, y es imposible la creación de un texto solo a través de la experiencia vivida (Ong, 1987: 132). La experiencia de Luria (1976: 48-49) con grupos orales y personas que tenían un cierto conocimiento de la escritura en una zona de Rusia, destaca que las culturas orales funcionan a partir de lo que denomina situaciones prácticas. La importancia de su ensayo es que da cuenta que las culturas orales ordenan el pensamiento por la experiencia más que por categorías abstractas.

Es necesario explicitar que “estructuras mentales” no es sinónimo de capacidades mentales, los grupos orales no son “primitivos” en sentido negativo, sino que las capacidades humanas son idénticas, lo que diferencia a unos de otros es el modo en que se utilizan esas capacidades y cómo se las jerarquiza.

Por eso, Kittay (1998: 18) plantea que la escritura es mucho más que la mera codificación y decodificación del lenguaje oral. La escritura es una “práctica significativa” que contiene diversas formas de comunicación y como tal puede contrastarse con la oralidad, por lo

tanto susceptible de ser comparada con ella. Al considerar la oralidad y la escritura, Goody pone especial atención en el aspecto funcional destacando la importancia de la escritura como técnica que permite una nueva forma y medio de comunicación. Resalta que lo esencial de la escritura es la posibilidad de objetivar el habla, suministrarle al lenguaje un correlato material, un conjunto de signos visibles (1996: 12).

Sumado a lo antedicho, el par conceptualizado también es comprendido, por otras corrientes, como resultado de disputas de poder. Desde esta perspectiva, la escritura es entendida objetivamente, como una herramienta que se posee y por tanto su posesión y distribución no son equitativas.

Finalmente, recuperamos los aportes de Ong (1987), referente ineludible, que recorre enlazadamente las dos modalidades, traza diferenciaciones, continuidades, discrepancias entre una y otra, pero nunca prescindiendo de la dupla, proponiendo como metodología para los estudios sobre oralidad, el abordaje comparativo con la escritura. Esta es una de las críticas que realiza a los estructuralistas, indicando que el error está en la falta de un abordaje comparativo con las culturas escritas. Afirmando Ong que la escritura “era y es la más trascendental de todas las invenciones tecnológicas humanas” (1987: 87), y que lejos está de ser una prolongación del habla, asume la indisolubilidad pero a la vez la distinción. Por eso es que metodológicamente deben afrontarse los estudios sobre oralidad y escritura en el doble engranaje, a saber: un análisis sincrónico y otro diacrónico.

Perseguimos una reflexión que pueda ir por fuera de una postura valorativa, anticipando que nuestro punto de vista conlleva a tomar distancia de posiciones que han procurado estimar positiva o negativamente una u otra. Es inviable un marco teórico que preconice estas prácticas desde una concepción evolucionista, lineal y etnocéntrica.

Las complejidades derivadas de la condición oral están presentes en nuestro caso de estudio, a las que se suman otros elementos vinculados a las particularidades étnicas del grupo. Es a través de las líneas de estudio específicas sobre la oralidad y escritura, conjugadas con las tramas de significación, propias del campo comunicacional, que pretendemos pensar el encadenamiento de esas complejidades. La comunicación se presenta como la punta de un ovillo que al tirar de un hilo se despliega una gama variada de campos que deben ser considerados.

Pugnamos por un abordaje que considere lo social como un conjunto indisoluble y no como la mera suma de fragmentos inconexos. Proponemos, en el sentido expuesto por Miége, pensar la comunicación como un campo autónomo (inter)disciplinar que habilite la “entrada”, en la propuesta de Torrico, a una porción del complejo social desde la disciplina. Porque es en los procesos de intercambio, donde se pueden, efectivamente, ver materializadas las diferencias y consecuencias que conllevan una u otra dinámica.

Oralidad y escritura parecieran ser ámbitos un tanto abandonados por el campo comunicacional, y es meritoria su recuperación. Por un lado, porque la oralidad es una puesta en práctica de todos los componentes intervinientes en el proceso comunicativo; y por otro,

porque la escritura encarna el sentido de la primera técnica que posibilitó la mediación de la comunicación entre los seres humanos.

Recobrar espacios, algunos por omisión y otros por olvido, que aún merecen ser explorados y explotados en un contexto social y cultural que posibilita pensar la incorporación y apropiación de una técnica, sus implicancias y las tensiones que se establecen con la oralidad como rasgo nominal de un grupo cultural específico. Desde hace algunas décadas, se atestigua el despegue de una concepción restrictiva del campo comunicacional que lo ceñía a una mirada monolítica. De acuerdo con Martín-Barbero (1993) las transformaciones se sucedieron gracias a un reposicionamiento del campo comunicativo articulado a otras disciplinas sociales, a la toma de distancia de enfoques hegemónicos y de repensar las relaciones comunicativas. Estas últimas son inclusivas de los intercambios tradicionales y de las modalidades que se generaron a partir de la mediatización y tecnologización de las relaciones sociales.

Límites y convergencias (8)

La comunidad gitana tiende a ser “espectacularizada” por el resto de la sociedad, en el sentido de exacerbar sus rasgos más sobresalientes vinculados al perfil “colorido”: la música, la vestimenta y la forma de vida, pero en realidad es un grupo del que poco se sabe en profundidad. Los gitanos presentan, a diferencia de muchas otras colectividades, la particularidad de estar esparcidos por el mundo entero, llevan siglos moviéndose y conservan los rasgos más visibles: el idioma –razón por la que la mayoría de los grupos son bilingües–, el modo de vestir, la forma de vida, las costumbres y las tradiciones. Decimos que este grupo, social y culturalmente se distancia de, en el caso local, buena parte de las prácticas y de las costumbres del resto de la comunidad criolla. Pretender comprender la dinámica oral, la incorporación escritural y, por tanto, los intercambios comunicativos sería imposible si en paralelo no se va decodificando la compleja y dinámica red cultural que los constituye.

Pensar una problemática de análisis desde la comunicación conduce a poner en consideración otras dimensiones del entramado social. Nuestro interés está en el análisis procesual de la incorporación y articulación de la oralidad y de la escritura en la comunidad gitana, entendida como activa de una oralidad primaria (9). Ya habíamos adelantado que la condición de oralidad deriva en formas específicas de pensar y de actuar en el mundo. Es imprescindible una consideración del plano identitario y cultural, porque ello viene a completar y dar sentido a sus procesos de intercambio. El campo de la comunicación reúne diferencias y heterogeneidades, con numerosas miradas teórico-conceptuales, metodológicas, epistemológicas y disciplinares.

Entre las vertientes que se relacionan con la línea de la comunicación y de la cultura, que se ocupan del abordaje comunicacional desde una base cultural, parten de comprender la práctica comunicativa en un marco de sentidos y de significados que pueden, o no, ser compartidos socialmente y por tanto susceptibles de ser interpretados en un contexto cultural. Los diversos discursos y textos se producen y se decodifican desde un tejido de significaciones

sociales y es por esta razón que la comunicación no puede prescindir de otros aportes disciplinares.

Aceptamos lo indisociable de los términos “comunicación/cultura” (10) cuyas conceptualizaciones escapan a la posibilidad de pensar la una por fuera de la otra. Dice Schmucler que esta relación desde la *barra* es “un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis” (1997: 150-151). En la dinámica y activa relación entre los sujetos y grupos observamos un juego de diversos códigos que son construidos para ser interpretados. Cuando pensamos adentrarnos en el campo comunicacional se despliegan estrategias interpretativas que dan cuenta de los diversos modos de construir, representar y significar el mundo circundante. Así la comunicación entendida como aquellas modalidades y variantes que se dan en la transmisión de la cultura, en las formas de interacción y el modo de representar y de significar el mundo es impensable por fuera del contorno cultural.

El espacio de la cultura, del que no podemos escapar para analizar el caso presentado, “ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales”, es donde efectivamente la comunicación adquiere sentido (Schmucler, 1997: 151). Queda evidenciado a partir de lo argumentado que no se trata ni de desplazamientos disciplinares ni de ocupaciones ilegítimas, sino más bien de la innegable correlación del campo cultural para con los estudios de la comunicación.

Finalmente, afrontamos la centralidad de reflexionar sobre la definición del objeto de estudio y la pertinencia del campo comunicacional, acompañado de las respectivas profundizaciones epistemológicas y concluyendo que no están agotadas. El objetivo fue poner en evidencia las posibilidades que brinda la comunicación como campo (inter)disciplinario y la consistencia para afrontar el caso de la comunidad gitana local, que cuenta con una densidad cultural que puede ser penetrado desde la comunicación.

Recorridas las experiencias de aprendizaje desde la consolidación disciplinar es a las claras la innecesaria ocultación del propio objeto la tarea pendiente. Hoy el campo está en condiciones de estudiar con precisión los fenómenos de producción y circulación de formas simbólicas que acarrearán sentidos susceptibles de ser interpretados, que le son propios y oportunos. Desde el espacio comunicacional, se vuelve iluminador pensar las dinámicas de intercambio, o como ya lo decía Follari, es atendible “cualquier forma de comunicación que se haga socialmente relevante” (2010: 27).

Superada se encuentra la cuestión que el campo no se agota en los medios masivos de comunicación, pero tampoco habilita la premisa “la comunicación es todo”, entre ellos existen bandas delimitadas y precisas, y que un objeto tan escurridizo no puede, ni debe, ser abordado desde una postura que economice explicaciones que competen a otros campos. Si lo que se pretende al abordar un fenómeno comunicacional es un resultado complejo y completo, es inasequible dejar por fuera la perspectiva cultural, política, económica, histórica y social. Torrico Villanueva decía que la comunicación es un campo que posibilita –quizás como ningún otro–

entrar a la complejidad de ciertos fenómenos sociales. Poner la atención en los procesos de producción de sentido, que incluye a los medios de comunicación aunque no son privativos de estos, permite visualizar otros procesos que escapan a lo meramente comunicativo, pero que no se pueden obviar en tanto procesos sociales íntimamente imbricados. La atención en el objeto comunicacional, incluyendo procesos macro hasta los micro, es una puerta de entrada a la complejización de lo social. Si no consideráramos estos otros aspectos por el temor a “invadir” otros campos, caeríamos en el grave error de analizar fenómenos no solo faltos de contextualización, sino completamente distanciados de los acontecimientos reales. No hay que confundir los procedimientos, y el lugar que ocupan cada una de las dimensiones sociales, concebidas desde la moderna fragmentación del conocimiento, en el campo científico.

En el plano epistemológico, numerosas discusiones recientemente planteadas, batallan, no por la unificación de campos, irrisoria y alejada de la presente propuesta, sino por la completitud del estudio de los distintos fenómenos. Poder echar mano del complejo mapa teórico y epistémico de lo social debiera ser valuado y no motivo nunca acabado de propiedades y disputas disciplinares. Estas cuestiones vienen siendo debatidas, y lo cierto es que sería ventajoso poder potenciarlas. En suma, son confrontaciones por espacios de saber que no son más que el resultado de una determinada lógica que postula un conocimiento truncado y donde pareciera que esos límites son inmutables. El conocimiento, el saber, su producción y abarcabilidad son dinámicos y por lo tanto se vuelve necesaria una revisión por parte del campo científico que cuestione la consistencia de estas divisiones.

Notas

(1) Usamos la expresión “claramente identificable” en alusión al modo particular en que usan las viviendas y el espacio público. Lo privado y lo público, como espacios –físicos y simbólicos–, se constituyen a partir de otros límites. Las casas o las carpas (indistintamente) están conectadas por lo general con la vereda, con la calle, se visualiza una continuidad entre el espacio privado doméstico y la vereda-calle como espacio público por excelencia. Esa demarcación a la que referimos es taxativamente clara para el resto los habitantes de la ciudad.

(2) Una característica destacada en la comunidad es la endogamia, puesto que los matrimonios, por lo general, se contraen entre gitanos, existen casos de parejas formadas por un gitano y un criollo, pero es poco frecuente. Incluso la mayoría de las relaciones son por *duplicidad*, ejemplificamos en el sentido de que además de ser marido y mujer son primos; la nuera además es la sobrina, y así continúan los casos. Se trata de una comunidad hermética y que los mecanismos de cerramiento no solo se visibilizan en las elecciones de parejas, sino también en la ubicación y concentración en el espacio físico. Por eso decimos que la endogamia se materializa, también, en otras dimensiones.

(3) Esta afirmación queda evidenciada en la forma en que ornamentan las casas y el uso que hacen del espacio doméstico. Sean casas de material, galpones o carpas, indistintamente, el mobiliario está constituido por: una mesa, sillas, un tablón –que es donde quedan apilados los colchones durante la actividad diurna–, colchones, mantas e imágenes de la Virgen. En suma, la acumulación de objetos que no respondan a fines funcionales, no es característico entre los gitanos. La liviandad es una condición que se preserva ante la eventual decisión de tener que partir.

(4) Hacemos referencia al caso de la comunidad gitana jujeña, porque es esta comunidad con la que se realizó el trabajo etnográfico. La característica mencionada no necesariamente es exclusiva ni excluyente de este grupo. A través de indagaciones realizadas en otros trabajos investigativos, encontramos que muchos de los rasgos hallados en la comunidad local son compartidos con otras comunidades gitanas nacionales y del resto del mundo. En el caso del artículo realizamos afirmaciones teórico-prácticas en función del grupo con el que interactuamos.

(5) El trabajo etnográfico se realizó en la ciudad de San Salvador de Jujuy durante, parte de 2006, y todo el año 2009 y 2010. La información, entrevistas y registros de campo estuvieron a cargo del propio investigador. No se utilizan los nombres verdaderos por respecto a la identidad de cada uno de los integrantes de la comunidad.

(6) Muchos de los gitanos que viven en la ciudad cuentan con Documento Nacional de Identidad. No necesariamente hay correspondencia entre lo que allí figura y los datos reales. Los nombres y las fechas de nacimiento registrados en el documento, pocas veces son los que le asignan una identidad y poco coincidentes con el modo efectivo en que son llamados por sus pares.

(7) Olson y Torrance al indicar que la escritura no tiene consecuencias en un nuevo pensamiento están indicando que las comunidades orales no son tales por una inferioridad en relación a las capacidades, sino que se trata de otras formas de vincularse unos con otros. En nuestro caso, cuando indicamos diferencias en el modo de pensar, no estamos aludiendo a capacidades diferenciadas entre letrados y orales, sino que lo indicamos como cosmovisión diferente.

(8) Algunos aspectos del presente apartado fueron puestos en discusión en el Tercer Simposio Internacional de Investigación, organizado por la Universidad Católica de Santiago del Estero, en la ciudad de San Salvador de Jujuy, octubre de 2009. La presente versión está ampliada, actualizada y corregida.

(9) En el sentido que define Ong a este tipo de comunidades. Define y distingue las comunidades de oralidad primaria de las de oralidad secundaria, se entiende por las primeras a aquellas en las que se “desconoce por completo la escritura”; y por las segundas, en contraste con las primeras, sería las de la actual cultura de la alta tecnología, en la cual se mantiene una nueva oralidad, a la que subyace el conocimiento de la escritura (1987: 15-20).

(10) No planteamos comunicación y cultura, sino comunicación/cultura intencionalmente y adhiriendo a la fundamentación de Schmucler: “La barra (*comunicación/cultura*) genera una fusión tensa entre elementos distintos de un mismo campo semántico. La cópula, al imponer la relación, afirma lejanía. La barra acepta la distinción, pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado” (1997: 149).

Bibliografía

- Bloch, J. (1968). *Los Gitanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bougnoux, D. (1998). *Introducción a las ciencias de la comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (1973). *El Oficio de Sociólogo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.
- (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1999). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.
- Cuche, D. (2007). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ferreiro, E. (comp.) (2002). *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa.
- (2008). *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Follari, R. A. (2003). *Teorías débiles*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2010). “La necesidad de lo epistemológico en Comunicación”. En *La comunicación como objeto de estudio: teoría, metodología y experiencias en investigación*, (comps.) Arrueta, C.; Brunet, M.; Guzmán, J. A. San Salvador de Jujuy: Ediciones DASS.
- Fraser, A. (2005). *Los Gitanos*. Barcelona: Ariel.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Ginzburg, C. (1976). *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Península.
- Goody, J. (Comp.) (1996). *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona: Gedisa.
- Grimson, A. (2000). *Interculturalidad y comunicación*. Buenos Aires: Norma.
- Havelock, E. (1998). "La ecuación oral-escrito: una fórmula para la mentalidad moderna". En Olson, D. R. y Torrance, N. (comps.) *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa.
- James, D. (2004). *Doña María: Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Juan Cristo, E. (2003). *Vida y Tradición Gitana (Traio gomanó)*. San Salvador de Jujuy: Secretaría de Turismo y Cultura de la provincia de Jujuy.
- Leblon, B. (1993). *Los gitanos de España. El precio y el valor de la diferencia*. Barcelona: Gedisa.
- Luria, A. R. (1976). *Cognitive Development: its Cultural and Social Foundations*, Michel Cole, (ed.), (Traducción de Martín López Morillas y Lynn Solotaroff), Cambridge, Mass. Harvard University Press: Londres.
- Magadan, C. (comp.) (1994). *Blablablá. La conversación. Entre la vida cotidiana y la escena pública*. Buenos Aires: La Marca.
- Miége, B. (1996). *El pensamiento comunicacional*. México: Universidad Iberoamericana.
- Olson, D. R. y Torrance, N. (comps.) (1998). *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa.
- Ong, W. J. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Paleari, A. (1993). *Diccionario General de Jujuy*. San Salvador de Jujuy: Gobierno de la Provincia de Jujuy.
- Rodríguez Barraza, A. (2008). *Identidad lingüística y nación cultural de J. G. Herder*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- San Román, T. (1997). *La diferencia inquietante. Viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Schmucler, H. (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- Torres, A. (1996). *Aprender a investigar en comunidad. Enfoques Cualitativos y participativos en investigación social*. Bogotá: Editorial Unisur.
- Torrío Villanueva, E. R. (2004). *Abordajes y períodos de la teoría de la comunicación*. Buenos Aires: Norma.
- Uranga, W. (2010). "Acerca del objeto de estudio y el estudio del objeto". En *La comunicación como objeto de estudio: teoría, metodología y experiencias en investigación* (comps.) Arrueta, C.; Brunet, M.; Guzmán, J. A. San Salvador de Jujuy: Ediciones DASS.
- Vich, V. y Zavala, V. (2004). *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Buenos Aires: Norma.
- Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1991). *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.

Zires Roldan, M. (2001). *Voz, texto e imagen en interacción. El rumor de los pitufos*. México: UAM Unidad Xochimilco.

En línea

Martín-Barbero, J. (1995), "Comunicación: el descentramiento de la modernidad", Universidad del Valle, Colombia [en línea] www.educar-argentina.com.ar [Consulta: 6.6.2009].

Parras, E. (2004). "Prácticas comunicacionales vinculadas a la religiosidad popular. Devoción al gaucho Gil", Cátedra de investigación en Comunicación Social. Universidad Nacional del Nordeste. Corrientes [en línea] <http://www.unne.edu.ar/Web/cyt/com2004/1-Sociales/S-038.pdf> [Consulta: 13.3.2009].